

La Europa postmoderna

JOSÉ LUIS
PINILLOS


Europa trata de unirse cuando la Modernidad se desintegra o, al menos, cuando se enfrenta a una de las situaciones más difíciles de su historia. El problema tiene su importancia, pues lo que en el fondo se quiere decir cuando se habla de estas cosas es que se duda, que no se está seguro de que la unión de Europa pueda consumarse bajo el signo de una racionalidad científica que fue moderna en su día, pero hace tiempo está ya superada. La cuestión estriba en decidir si la nueva Europa deberá construirse de acuerdo con el espíritu de la Ilustración, o si por el contrario el proyecto europeo habrá de realizarse contando ya con la incierta cobertura —o la enemiga— de una razón postmoderna que tiene declarada la guerra santa al Siglo de las Luces.

Acerca de la crisis de la Modernidad —un período de la historia de Occidente que comprende las Edades Moderna y Contemporánea—, se ha dicho ya casi todo. Europa alcanzó su actual nivel de desarrollo durante la Modernidad, esto es, al hilo de un proyecto histórico que ahora parece tocar a su fin o que, en todo caso, desde hace tiempo viene siendo objeto de durísimas críticas respecto de su capacidad para hacer frente al futuro. Por descontado, hay mentes seráficas que creen, o dicen creer, que con la democracia liberal el mundo ha llegado a una solución final incruenta, a un *happy end* de la historia, que pondrá fin al drama de conflictos que estrenaron Caín y Abel y continúa representándose a diario. Está claro que de esa opinión no vamos a ocuparnos ahora. Tampoco parece que, a efectos de nuestro problema,

«La cuestión estriba en decidir si la nueva Europa deberá construirse de acuerdo con el espíritu de la Ilustración, o si por el contrario el proyecto europeo habrá de realizarse contando ya con la incierta cobertura —o la enemiga— de una razón postmoderna que tiene declarada la guerra santa al Siglo de las Luces.»



«La sensibilidad postmoderna, señala, por ejemplo, Lyotard, conecta mejor con la inestabilidad, con las discontinuidades, las rupturas y el desorden, que son los arietes intelectuales capaces de abrir grietas de futuro en los muros de una razón bunkerizada.»



haya que tomar en cuenta la nostalgia de quienes sueñan con el regreso a unos tiempos premodernos sin parar mientes en que la Historia todavía carece de marcha atrás. En relación con nuestro asunto, a la postre cuentan sólo dos posturas. Por un lado, la actitud de quienes creen que la crisis de la Modernidad es grave, pero puede resolverse desde dentro, sin rupturas. Por otro, la posición de los que opinan que la Modernidad es la principal responsable de nuestros actuales infortunios, y que sólo distanciándonos de ella podrá la humanidad salvarse del naufragio.

Los creyentes de la Modernidad —con el filósofo alemán Jürgen Habermas a la cabeza— aceptan la gravedad de la situación, pero no creen que la raíz de nuestros males se halle en la Ilustración. Antes bien, la causa principal de las actuales dificultades del mundo estaría en no habernos atendido lo suficiente a sus consejos. Para ellos, el proyecto *princeps* de la Modernidad continúa siendo el proyecto de la Ilustración. En consecuencia, los neoilustrados abogan por más de lo mismo, o sea, por seguir sin desmayo en la brecha de lo moderno: con las debidas rectificaciones, si acaso, pero sin salirse del tiesto. El libro de Kolakowsky *La Modernidad siempre a prueba* es un buen exponente de esta postura que, aun cuando no incurre en los simplismos de un Fukuyama, continúa fiel al espíritu de la Modernidad, la cree capaz de salir airosa por sí sola de sus presentes tribulaciones.

En la otra orilla, acampan los postmodernos, un nuevo género de intelectuales, cuya máxima figura es otro filósofo, el francés Jean-François Lyotard. Los postmodernos no sólo dan por consumada la extinción de la Modernidad, sino que consideran que su misión es desmontar, de-construir sin piedad lo poco que queda de ella. La Modernidad ha fallecido, vienen a decir, y el mundo tiene que cruzar las aguas de una nueva era con otras cartas de navegación. Sólo así sorteará la humanidad los escollos de esa incierta época que, a falta de un nombre mejor, de momento se llama Postmodernidad.


Tras casi un siglo de tanteos que no vienen ahora al caso, el término «postmoderno» lo puso en circulación, como es sabido, Arnold Toynbee en el año 1947. Al reducir a uno los seis primeros volúmenes de *Un estudio de la historia*, Sommerwell, el compilador, propuso llamar «postmoderno» a lo que el autor había llamado simplemente «IV período occidental». En este período que, a juicio de Toynbee comenzó en torno a 1875, los poderes actuantes en la Historia habrían perdido ya su condición nacional para dar paso, por decirlo así, a un juego de fuerzas a nivel planetario. El nombre y el concepto tuvieron éxito y, más o menos por aquel entonces, se desarrollaron también otras teorías de corte sociológico sobre la civilización industrial, el agotamiento de las ideas, el fin de las ideologías, la razón instrumental, el hombre unidimensional, etc. Luego, empezaron a brotar como hongos los postmo-

demos. Con ellos ocurrió lo que un chusco predicador vizcaíno contaba del diluvio universal, que al principio parecía un sirimiri y, luego, todos ahogados. Lo que quiero decir es tan sólo que los planteamientos postmodernos, que se iniciaron en los Estados Unidos allá por los años sesenta con unas polémicas artísticas y literarias que parecían de poca monta, cobraron muy pronto el alcance y significado que ahora tienen, sobre todo a partir del informe sobre el saber que, con el título de *La condición postmoderna*, publicó Lyotard en 1979. Este informe, que ha dado tanto que hablar, desencadenó una tormenta crítica encaminada a probar de una vez por todas que la racionalidad moderna era, tal como habían imaginado los pensadores de la sospecha, la verdadera causa de la actual crisis del mundo. En este sentido, Lyotard y los suyos manejaron una infinidad de argumentos, difíciles de conciliar generalmente con un proyecto de unidad europea de factura moderna tardía, esto es, elaborada a destiempo desde una razón instrumental, funcional, estratégica, unidimensional, mecánica o como queramos llamarla, ya obsoleta. Contra esas formas extemporáneas de concebir la razón, la nueva fauna intelectual lanzó un verdadero enjambre de objeciones, a veces nada desdeñables, que quizá deberían tenerse en cuenta a la hora de pensar la Europa de mañana.

Por lo pronto, es preciso recordar que el postmodernismo es poco propenso a entusiasmarse con los *granans ré-cits*, o sea, con los grandes relatos que contienen mensajes de salvación. El pensamiento postmoderno rechaza todo aquello —Ilustración, idealismo, marxismo— que huelga a mesiánico y que consecuentemente incluya nociones como unidad, fundamento, principio o estabilidad, que le recuerden el totalitarismo. La sensibilidad postmoderna, señala por ejemplo Lyotard, conecta mejor con la inestabilidad, con las discontinuidades, las rupturas y el desorden, que son los arietes intelectuales capaces de abrir grietas de futuro en los muros de una razón bunkerizada.

Dicho así, d'emblée, es posible que todo esto suene un poco raro. Pero de otra parte, es el caso que los saberes típicos del siglo XX no dejan de dar un cierto pie para esta clase de reflexiones. Desde la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad hasta el teorema de la indecibilidad de Gódel, los fractales de Mandelbrot o las estructuras disipativas de Prigogine acontece que la supuesta claridad del determinismo y la lógica del continuo han pasado a la historia en cuanto principios generales de interpretación de la realidad: sólo funcionan en ámbitos limitados. En otras palabras, no son ya la norma; son más bien excepciones en un mundo como el actual, que hace tiempo ha dejado a la espalda una visión de las cosas donde lo moderno por excelencia era la idea de Progreso, entendida desde una ciencia mecanicista. Ahora, nos recor-

«Max Weber acertó al cifrar en la racionalidad burocrática el gran peligro de la Modernidad. Heidegger sabía también de qué hablaba al señalar que nos hallamos inmersos en una época que está "más allá de la subjetividad y del hacer", en tanto que el sujeto y su acción van camino de resultar superfinos.»




dará Lyotard, el saber no se valora por el hecho de ser acumulativo, o innovador, sino por ser paralógico; es decir, se aprecia el saber productor de incompatibilidades capaces de alterar el equilibrio de la ciencia establecida y de socavar su estabilidad. Lo estable es represivo. El disenso, y no el consenso, es lo que caracteriza la mentalidad del hombre postmoderno, lo que distingue su forma de entender el mundo y la vida en él.

Dichas así, estas afirmaciones me parecen infundadas, lo cual por lo demás no querría decir mucho para un saber que rechaza la idea de fundamento. Pero en todo caso, hay que reconocer que la postmodernidad es en cierto modo coherente con la sospecha de que vivimos en una época transubjetiva, en una época en la que el género humano bordea el riesgo de caer en la trampa de la «organización total» o de la «funcionalidad universal». Max Weber acertó al cifrar en la racionalidad burocrática el gran peligro de la Modernidad. Heidegger sabía también de qué hablaba al señalar que nos hallamos inmersos en una época que está «más allá de la subjetividad y del hacer», en tanto que el sujeto y su acción van camino de resultar superfluos. A la postre, pues, no es tan exagerado afirmar que la vida va dejando de ser un quehacer para convertirse en un mero hacer. A decir verdad, nos hallamos cada vez más succionados por ese temible *Ge-Stell* heideggeriano, cuya función es inscribir a la totalidad de los seres en una inmensa cadena de causas y efectos ajena a la libertad. Por todo ello, y por otros muchos más motivos que no cabe analizar aquí, la postmodernidad se siente incompatible de raíz con un proyecto histórico que es extremadamente racional en los medios, pero irracional a más no poder en los fines. Y como acontece que ese proyecto es típico de la Modernidad y se halla animado de una inequívoca vocación totalitaria que tiene su fundamento en las nociones de unidad y totalidad, los postmodernos van por derecho contra él; se han juramentado a no parar hasta deconstruirlas. Los europeos, nos recuerda amargamente Lyotard, hemos pagado demasiado cara la nostalgia de la unidad total, para andar con contemplaciones. De ahí su declaración de guerra a las nociones de totalidad y unidad, y de ahí también el valor que el pensamiento postmoderno otorga a las diferencias y al pluralismo en todos los órdenes: científico, estético y moral. No es por azar, pues, por lo que estas gentes conciben el futuro bajo el signo de una fragmentación, de una multiplicidad y de una exaltación de la diferencia que, a primera vista, resultan difíciles de conciliar con el proyecto de una Europa unida.

Pienso que no es tan fiero el león como le pintan. Pero aun así, es bien cierto que, llevado al límite, el pluralismo de los postmodernos es in-viable. A última hora, en el orden del pensamiento la diferencia absoluta es la propia del idiota ajeno a toda universalidad; y en el terreno

«Los europeos, nos recuerda amargamente Lyotard, hemos pagado demasiado cara la nostalgia de la unidad total, para andar con contemplaciones. De ahí su declaración de guerra a las nociones de totalidad y unidad, y de ahí también el valor que el pensamiento postmoderno otorga a las diferencias.»



de la política, la consecuencia es Babel. No obstante, si lo que nos quieren decir los postmodernos es que están en contra de las unificaciones mastodónticas, de los monolitos totalitarios; si lo que defiende esa gente es el respeto a las minorías, a la razón histórica, o sea, el derecho a que cada cual profundice en la significación y valor de lo suyo; si de lo que se trata es de impedir que al negro lo defina el blanco, a la mujer el hombre, a Oriente Occidente, desde puntos de vista aparentemente universales, pero que en realidad son siempre los de alguien; en definitiva, si se pretende proteger lo «micro» y lo «light» de lo «macro» y lo «heavy», si lo que hay es un compromiso de apoyo a las minorías en problemas de política, sexo, raza o lenguaje, entonces la opción postmoderna posee un cierto sentido de legítima defensa frente a una razón opresora, que funciona al servicio de la voluntad de poder.

En otras palabras, sea o no la voluntad de poder el fundamento último de la Modernidad, estuviera o no en lo cierto el inventor del superhombre, lo indiscutible es que la razón científica que ha instrumentado la modernización de Occidente carece de sensibilidad para los fines a que se la ordena, y fácilmente se arrodilla a los pies del poderoso. En último extremo, la Modernidad no ha creado un *Übermensch*, un superhombre, sino un *Überwelt*, un supermundo que amenaza con dominarlo todo. En este aspecto, pienso que la postmodernidad podría hacer de cielo protector contra la implacable mecanización que, sin duda, viene asediando al mundo de la mano de la Modernidad. Contra la tecnificación de la vida humana, contra el sujeto robot, contra el fundamento y las ideas que sostienen esta inmensa operación del *De-Stell* es a última hora contra lo que alzan su voz, no siempre bien timbrada, los intelectuales del pensamiento ligero, a los cuales no haya tal vez que tomarlos tan a la ligera como se acostumbra. A la postre, o bien Europa opta por una organización más polimorfa y flexible que la de la racionalización weberiana, o la sociedad europea acabará aherrojada en fondo de la «jaula de acero» que previo el autor de los famosos *Ensayos sobre sociología de la religión*. El temor al totalitarismo es lo que explica y en una buena medida justifica la actitud deconstructiva de los postmodernos frente a muchas cosas. Esto no es ninguna ligereza.

Ihab Hassan, otro de los principales portavoces del postmodernismo, perteneciente a la órbita norteamericana en este caso, entiende que el pensamiento postmoderno representa un momento antinómico de la mentalidad occidental, cuya característica principal define con la palabra *unmaking*, deshacer, que cabría traducir por «deconstrucción». Para Hassan, lo postmoderno no supone sólo una ruptura; constituye un verdadero desmontaje de la cultura moderna. En un notable artículo sobre la función innovadora de la crítica, Hassan acepta la existencia de otros términos más o menos afines al de *unmaking*, como deconstrucción, descentramiento,

«A la postre, o bien Europa opta por una organización más polimorfa y flexible que la de la racionalización weberiana, o la sociedad europea acabará aherrojada en fondo de la "jaula de acero" que previo el autor de los famosos Ensayos sobre sociología de la religión.»



desaparición, diseminación, disentimiento, desmitificación, discontinuidad, *différance*, dispersión, etc., a los cuales no es difícil añadir muchos otros que también comienzan con la partícula privativa «des», y son prodigados por los escritores postmodernos. Por ejemplo, decadencia, declinar, declive, decepción, desacralización, desencanto, desfondamiento, deshumanización, desidentificación, deslegitimación, desrealización y tantos otros que paso por alto para aligerar la retahíla. De acuerdo con esta *episteme* deconstructiva, declara Hassan que pensar bien y leer bien consiste en rehusar la tiranía de las totalidades: en cuestiones humanas, afirma, toda totalización es totalitaria en potencia.

Por descontado, aquí Hassan exagera. Totalizar es lo propio del hombre, consustancial a su estar en la realidad, y como el mismo Lyotard dio a entender en una ocasión, la condena que el postmodernismo hace de la totalidad no es sino otra totalidad más. Hassan asume también sin más que toda autoridad tiene que ser a la fuerza autoritaria y que todo orden ha de ser necesariamente represivo, lo cual dista bastante de ser cierto. Pero dejando a un lado lo que tienen de hiperbólicos sus asertos, lo que importa es que para Ihab Hassan la condición postmoderna es algo más que un «ismo», algo que excede de un movimiento intelectual o artístico cualquiera. Es, como para Lyotard, una condición, un marco de referencia en el que se inscribe todo lo que acontece hoy en el mundo de la cultura; o sea, una cultura, cuyo símbolo primario es la liquidación de la Modernidad. En otros términos, la deconstrucción de lo moderno es para el pensamiento postmoderno —con escasas excepciones— la condición de posibilidad de la emancipación humana. A última hora, lo esencial del movimiento postmoderno es, pues, un rechazo de la razón ilustrada en todos los frentes, un adiós a la razón moderna en cuanto a su capacidad hegemónica para operar a su aire en todos los terrenos. La cosa se las trae.

En definitiva, lo que pretendemos hacer notar con todo ello es que este distanciamiento crítico de los postmodernos posee un significado histórico profundo sobre el que es menester meditar, pese a las arbitrariedades y despropósitos que a menudo le acompañan. Muchas de las tesis que a primera vista parecen antitéticas del proyecto de una Europa unida, no lo son tanto si se miran bien. Por ejemplo, en su concepto de posthistoria el postmodernismo no acepta, como es lógico, la supremacía del punto de vista occidental, a la par que manifiesta también una indiferencia, un escepticismo total frente a los grandes relatos capaces de suscitar el entusiasmo histórico de las gentes y de movilizar la acción social necesaria para la realización de un proyecto colectivo como puede ser el europeo. A la par que valora la diferencia, el postmodernismo promueve también la indiferencia, lo cual, insistimos, se acompaña mal con el proyecto de una Europa unida. Si, por un lado, la Postmodernidad hace una

«En su concepto de posthistoria el postmodernismo no acepta, como es lógico, la supremacía del punto de vista occidental, a la par que manifiesta también una indiferencia, un escepticismo total frente a los grandes relatos capaces de suscitar el entusiasmo histórico de las gentes.»



defensa intelectual de las minorías, por el otro, las priva del entusiasmo sin el que ningún proyecto se realiza: tampoco el europeo. Al pensamiento postmoderno le falta voluntad. Se nos dirá que ¡claro!, pues no otra cosa que voluntad de poder es el fundamento de los males que se denuncia. Ciertamente, el talante lúdico y la actitud estética postmodernistas no son los elementos más apropiados para sacar adelante el carro de una Europa unida. El Postmodernismo se caracteriza más por dominar el discurso sobre las condiciones que las condiciones del discurso. Algo que, no obstante, conviene tener en cuenta en el asunto de que hablamos, porque tal vez el enfriamiento de los heroicos furores de la humanidad pudiera ser una buena baza a jugar frente a los fundamentalismos que no cesan.

Como se entrevé, el asunto de la postmodernidad tiene muchas descripciones posibles. Su actitud frente al elitismo, su legitimación de la cultura de masas, del *colla-ge*, o de tantas otras cosas, se prestan tal vez a una valoración peyorativa. Sólo que —ésta es la cuestión— todo ello va acompañado de una cierta capacidad para adaptarse a la multiplicidad de instancias interpretativas propias de *La época de la imagen del mundo*, si se me permite citar de nuevo a Martin Heidegger, y para moverse ágilmente en el seno de una cultura de masas que, nos guste o no, ahí está formando parte del mundo en que vivimos. Ahí está el quid de la cuestión. Susan Sontag lo vio hace tiempo, en un perspicaz ensayo que tituló *Una cultura y la nueva sensibilidad*. La legitimación del desplazamiento cultural que ha supuesto la sociedad de masas es, a la par, urgente e importante. No estoy afirmando que el postmodernismo lo haya logrado, ni vaya a hacerlo. Lo que digo es que su *pechent* estética, su talante lúdico y su simpatía por la diferencia hacen de él, en principio, un candidato valioso para lidiar ese inmenso toro que puede volver a raptar a Europa.

No sé. El postmodernismo es incompaginable con una Europa hecha a imagen y semejanza de una Modernidad que ya ha dejado de ser «moderna», que no responde a las expectativas propias de un tiempo nuevo. Ahora, lo moderno quizá sea ser postmoderno. Y eso no me parece tan malo. Dudo mucho de que la Postmodernidad sea la solución cabal de los problemas que afligen a la Modernidad y que ha de resolver Europa: lo «post» siempre se queda en transición. Pero de algo servirá. Por lo menos mantienen viva la conciencia de una diferencia de bastante entidad: la que hay entre las promesas y los resultados. A la felicidad no se va sólo por la ciencia. A la vista está. Por eso espero que los malabarismos lingüísticos de Jean-François Lyotard y sus colegas animen la escena europea, continúen irritando a los funcionarios y estimulen el juego de un pensamiento «débil», capaz de enriquecer al hombre aparte del dinero. Un discreto toque de frivolidad no le vendrá mal al proyecto de la nueva Europa.

«El postmodernismo es incompaginable con una Europa hecha a imagen y semejanza de una Modernidad que ya ha dejado de ser "moderna", que no responde a las expectativas propias de un tiempo nuevo.»

